

MARIO ESCOBAR



EL DILEMA

Es un mal día para el ladrón Attila Haldor. Tras elegir la casa del juez Alan Hilgonth para dar su próximo asalto, descubrirá que el magistrado oculta un secreto terrible. En el sótano de la casa descubre a una joven encadenada y repleta de magulladuras. Antes de que pueda reaccionar al terrible descubrimiento, escapará de la casa al escuchar que el juez ha regresado con su familia. Attila, tras el golpe fallido no sabe cómo actuar, si denuncia el caso a la policía puede terminar en la cárcel. Al final decidirá regresar a la mansión para liberar a la chica, pero es demasiado tarde, la joven ya no está en el sótano.

Unas semanas más tarde, la desaparición de una nueva adolescente le lleva a sospechar que se trata del mismo individuo, el juez Alan Hilgonth, un hombre casado y con hijos, al que se le considera uno de los pilares de la comunidad de Nueva Orleans.

¿Podrá demostrar la verdadera naturaleza del juez? ¿Se librará de convertirse en sospechoso de secuestro y asesinato? ¿Su decisión de atrapar al asesino pondrá en peligro a su esposa Patty y sus hijos?

Índice de contenido

Prólogo

Primera parte

1. Un ladrón honrado
2. La ciudad de los prodigios
3. Segundas oportunidades
4. La casa equivocada
5. Chica
6. Una mala semana
7. Confusión
8. Decisión
9. Condicional
10. El juez
11. Una familia perfecta

Segunda parte

12. Pequeñas pesadillas
13. La casa encantada
14. Sospechas
15. Sorpresa
16. Miedo
17. Terror

Tercera parte

18. La otra chica
19. Certezas
20. Sospechar del ladrón
21. Esposa
22. Padre
23. Hija

Cuarta parte

24. Matar o morir

25. El pantano
 26. Amor
 27. Sobrevivir
 28. Malas compañías
 29. La casa
 30. Locura
 31. Muerte
 32. Venganza
 33. Salida
 34. Historias
 35. Juez justo
 36. Últimas palabras
 37. El pantano
 38. Desesperación
 39. Búsqueda
- Epílogo
- Sobre el autor

A los que no pueden traicionar su conciencia

PRÓLOGO

Nueva Orleans, Luisiana, verano

El año 2005, con el huracán más devastador de Luisiana, fue un año de mierda para Attila Haldor, su *annus horribilis*. El robo que habían planificado su socio, Mark Winter, y él fue un puto desastre. Bueno, eso es quedarse corto. Los dos terminaron en la cárcel por intento de robo, y su socio por asesinato. Trece años en la cárcel deberían haber sido suficientes para que no entrara en una propiedad privada nunca más, pero dicen que el hombre es el único animal que tropieza tres veces en la misma piedra.

Attila se quedó mirando a la chica con la boca abierta; sentía cómo el sudor le corría debajo de su pasamontañas negro y el corazón les latía a mil por hora. Se limpió los ojos de la gota de sudor, más con el deseo de que lo que estaba viendo fuera un maldito espejismo que por el escorzor que sentía. Pero la chica continuaba justo enfrente, en aquel cuarto secreto que había descubierto unas semanas antes y en el que pensaba que el dueño de la casa escondía todos sus tesoros.

Attila intentó tranquilizarse y ponerse a pensar. Estaba acostumbrado a las situaciones estresantes. Por algo había pasado más de una década en una de las cárceles de máxima seguridad del estado, rodeado de psicópatas, negros gigantes, que parecían perdonarte la vida cada vez que se cruzaban contigo, y estúpidos musculitos de la «hermandad blanca», y había logrado conservar su culo intacto y algo más importante: su alma.

La chica suspiró, pero continuó sin levantar la cara. Un pelo limpio, rizado y pelirrojo le cubría el rostro, lo que hacía todo más irreal, como si fuera un cuento de Lovecraft de los que había leído en la universidad, cuando creyó, por un momento, que alguien podía escapar de la maldita ciudad de Nueva Orleans.

El resplandor de su linterna no terminaba de iluminarla, pero tampoco se atrevía a enfocarla directamente. Al final extendió la mano y dirigió la luz directamente atrás. El fondo reproducía en un gran mural la pared de una casa de los ochenta. La chica estaba sentada en el suelo a pesar de que en la habitación secreta había una mesa redonda con dos sillas, como la del salón de sus abuelos y en un lateral una cama con una mesita de noche y una lamparita con la tulipa rosa pastel.

El hombre enfocó a la chica y esta levantó la vista por un segundo, sus ojos verdes parecieron resplandecer antes de que los cerrara deslumbrada. Su rostro le dejó casi sin aliento. Su cara infantil de ángel le robó el poco sosiego que aún le quedaba. No sabía qué edad podría tener, pero no creía que fuera mucho mayor que su hija Anna de dieciséis años.

Las muñecas de la chica estaban vendadas, para que los grilletes no desollaran su piel suave y sensible. El monstruo había hecho eso, porque no quería que su mercancía se estropease, se dijo Attila mientras intentaba tomar aliento y pensar con claridad.

Entonces escuchó ruido en la planta de arriba, una puerta que se abría y las carreras de los niños que se dirigían al salón para continuar jugando con las videoconsolas. El ladrón comenzó a respirar agitado y se puso tenso, como una liebre que notaba cómo el hurón comenzaba a introducirse por su madriguera.

El ladrón comenzó a abatir la puerta justo antes de que la chica le mirara directamente a los ojos. Su terror y tristeza le rompieron el alma, pero aun así cerró la puerta disimula-

da en la pared y subió con cuidado las escaleras hasta la planta baja. Escuchó en el salón a la madre y los niños, pero desconocía dónde se encontraba el dueño de la casa. Era un riesgo salir por la puerta principal, pero también intentar escapar por la parte trasera, por donde había entrado. Entonces escuchó unas pezuñas correteando por el suelo de madera, después un gruñido y antes de que pudiera reaccionar, vio enfrente al perro de la familia, el *rottweiler* le enseñó los dientes y el ladrón extendió la mano para tranquilizarle. Sin duda aquel no era su día, supuestamente la familia estaría fuera toda la mañana con su chuchó.

Una voz llamó al perro, que dudó unos segundos, pero al final corrió hasta la entrada. Attila se dirigió en dirección contraria, escapó por la puerta de la cocina que daba al jardín posterior, corrió alrededor de la fachada y saltó el seto en dirección a la casa vecina. Después salió a la calle, se quitó el pasamontañas y entró en su vieja furgoneta Ford. Mientras arrancaba el motor sentía su cuerpo estremecer. La visión de aquella pobre chica atrapada parecía esculpida en su mente a cincel. Sus ojos brillantes y aterrorizados le seguirían el resto de su vida.

PRIMERA PARTE

1. UN LADRÓN HONRADO

Sara vio entrar a su marido en la casa y frunció el ceño. Aquella mañana de domingo, antes de levantarse un poco más tarde de lo habitual, se había girado hacia el lado donde dormía Attila y habría querido abrazarlo con decisión pero no estaba. Era uno de los pocos días de la semana que podían hacer el amor tranquilos. Los niños se despertaban más tarde, todos habían trasnochado y tenían poco más de veinte minutos para hacerlo y vestirse rápidamente para ir a la iglesia. Su padre era el pastor Peter Black, el reverendo más importante de la ciudad y no le gustaba enfadarle. Era cierto que ya tenía más de treinta y cinco años, pero su padre había tenido mucha paciencia con ellos, en especial con su marido. Cuando Attila la dejó embarazada con dieciocho años su padre se quedó destrozado. No quería que alguien como Attila entrase en la familia. Pertenecía a una saga de malditos salvajes del pantano y ningún miembro de su familia se había librado jamás de pasar una buena temporada en la cárcel. Al final se casaron precipitadamente, en una ceremonia triste y sobria que más parecía un entierro que una fiesta y, como había vaticinado su padre, Attila le dio una vida terrible, tres hijos y una casa destartalada a las afueras de la ciudad.

Sara conocía muy bien a su marido, no era un mal hombre, pero se había criado como un Haldor y su maldición le había perseguido siempre. Tras su última barrabasada había prometido reformarse y no meterse en líos. Trabajaba en el aserradero del tío de Sara y cumplía con todas las reglas de la libertad condicional, pero muchos domingos, por

la mañana temprano, desaparecía. Él decía que era para salir a pescar, echaba de menos los pantanos, pero ella se temía lo peor.

Su marido no quería que trabajara de camarera. Decía que tenía mucha clase para mover su culito redondo delante de los clientes, pero debían pagar las facturas y las deudas los asfixiaban. Su padre se había ofrecido a ayudarlos. No le gustaba ver a sus nietos pasarlo mal y vivir en una de las zonas más pobres de la ciudad, pero Attila era demasiado orgulloso para aceptar su ayuda.

Attila entró a toda velocidad en la casa y comenzó a desnudarse. Cuando llegó a la habitación únicamente llevaba unos sexys calzoncillos largos.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó Sara con los brazos cruzados. Ya se había puesto su conjunto de los domingos: un sobrio pantalón de corte clásico, una chaqueta rosa pastel y una blusa blanca con un gran lazo justo en el centro de su pecho.

—¡Dios mío, cada día estás más guapa! —dijo mientras la abrazaba.

—No tenemos tiempo, vístete —le ordenó mientras se zafaba de él y se miraba en el espejo del baño de su habitación.

—La hija de un pastor no utiliza ese tipo de lenguaje, tendré que darle unos azotes —bromeó Attila.

Mientras ella salía de la habitación para ver cómo se encontraban los niños, Attila se observó por unos segundos en el espejo. Tenía profundas ojeras y algunas finas arrugas en la comisura de los labios y ojos, pero su cara aniñada le hacía parecer diez años más joven. Al contemplar sus ojos verdes le vino a la mente los de la chica que había visto en ese maldito sótano. ¿Por qué había ido a esa casa? Su amigo Sam le había hablado de una habitación secreta que el dueño le había mandado construir, pero en lugar de guardar dinero, joyas u obras de arte, ese capullo encerraba chiquillas. Ni siquiera se había preocupado por preguntar

quiénes eran los nuevos dueños. Únicamente sabía que eran de Nuevo México y que tenían varios niños pequeños.

Attila se puso la camisa blanca, los pantalones y la chaqueta beis, después se sentó en la cama y se colocó los zapatos marrones. Siempre relucientes, como le gustaban a su padre.

Cuando llegó a la planta baja de la casa sus tres hijos y su esposa le esperaban en el umbral. Sintió un nudo en la garganta al ver a la mayor, Anna; por un segundo se imaginó que fuera ella la chica encerrada en aquel sótano. Tenía que hacer algo, no podía quedarse de brazos cruzados. Tal vez lo mejor sería llamar anónimamente a la policía o ir él mismo a ver al comisario y pedirle que fuera a la casa para registrarla a fondo. Pero ¿qué les diría cuando le preguntaran cómo sabía lo que había en el sótano? Estaba aún con la libertad condicional por robo y colaboración en un homicidio.

—¿Te vas a quedar parado todo el día en las escaleras? Llegamos tarde —dijo su esposa saliendo al porche y abriendo el Toyota híbrido que les había regalado su padre, al menos eso sí habían tenido que aceptarlo, aunque Attila prefería su vieja furgoneta Ford.

No tardaron en salir a la autopista 10, desde su casa en Little Woods hasta Eden Isle, donde su padre tenía la iglesia; se tardaban unos veintidós minutos. Sara pisó el acelerador y su esposo frunció el ceño; siempre le regañaba por pasar el límite de velocidad.

—Llegamos tarde por tu culpa —le contestó a su gesto de desaprobación.

—Creo que Dios no se irá a ninguna parte.

—Dios no, pero mi padre sí.

Sara notaba a su marido algo nervioso aquella mañana. Normalmente los domingos estaba alegre y relajado, pero parecía crispado y nervioso. Desde su salida de la cárcel había cambiado mucho. Incluso le había comentado que en

la prisión todos los domingos bajaba a la pequeña capilla del centro penitenciario.

Aparcaron en una de las plazas reservadas a los diáconos, sabían que no le iban a decir nada a la hija del pastor y corrieron hasta el anfiteatro. La reunión estaba en plena efervescencia y nadie pareció prestar demasiada atención a los cinco miembros de la familia. Unos minutos después su suegro predicó sobre el hijo pródigo y no dejó de mirarle durante casi todo el sermón.

La gente comenzó a saludarse al final de la reunión y cuando la familia llegó a la altura del reverendo se quedaron unos segundos esperando.

—Señor Hilgonth, esta es mi hija Sara y su esposo Attila, sus hijos Anna, Alexander y Patty.

El hombre era algo mayor que ellos, pero tenía un aspecto impecable. Llevaba un traje azul hecho a medida, una corbata roja y una camisa blanca tan limpia que deslumbraba si te quedabas mucho tiempo mirándola fijamente. Por detrás aparecieron su esposa Sally y cuatro niños pequeños; el mayor no debía de tener más de cinco años.

—Encantado de conocerle, señor Haldor, soy el juez Hilgonth, acabamos de mudarnos, tenemos una casa no muy lejos de la iglesia.

—Juez, espero que pronto venga a mi casa a comer, los de Luisiana nos caracterizamos por la hospitalidad. ¿Por qué no se unen hoy a nosotros? Mi hija y su familia también estarán —dijo el reverendo dando la espalda a su yerno. Attila frunció el ceño, tenía unas ganas tremendas de fumar un cigarro. Había dejado el alcohol desde su entrada en la cárcel, también las drogas diez años antes, pero de vez en cuando necesitaba un pitillo.

Su mujer le siguió algo enfadada.

—¿Por qué te has marchado así? Mi padre nos ha invitado a comer, estará también el juez, por favor compórtate.

Attila la miró furioso.

—No me jodas...

—¿Qué?

—Las comidas con tu padre son mortalmente aburridas, pero con un juez, Dios santo. Soy un maldito...

—Un maldito obrero del aserradero, nada más —dijo ella mirando a un lado y al otro.

—Un maldito don nadie, quieres decir.

Los niños llegaron hasta el coche y los tres se montaron en el Toyota. Mientras el vehículo se ponía en marcha, Attila recordó dónde había visto la cara de esa mujer, la hermosa y perfecta esposa del juez. Había sido en la repisa de la entrada, justo al lado de la cestita donde los dueños dejaban las llaves. Sintió un escalofrío que le recorría toda la espalda. La casa que había intentado robar era la del juez y aquel tipo que desprendía encanto y éxito por cada poro de su piel, tenía a una chiquilla encerrada en el sótano de su casa.

—¡Madre de Dios! —exclamó en voz alta.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Cosas mías —dijo intentando disimular su gesto nervioso. Miró al otro lado e intentó tranquilizarse. Tenía que aclarar sus ideas y no cometer ninguna maldita estupidez.

Cuando llegaron a la casa de su suegro, el coche del juez estaba aparcado en la puerta. Un Tesla impresionante con la última tecnología. Recorrieron el sendero hasta el porche y rodearon la casa para ir al jardín. La familia del juez correteaba por el césped y él tomaba una limonada junto al reverendo. Lo miró durante unos segundos a través de sus gafas de sol y deseó estar equivocado, pero sabía lo que había visto. Estaba completamente seguro.

2. LA CIUDAD DE LOS PRODIGIOS

El olor a panceta y hamburguesa, poco a poco, fue amortiguando la torturada cabeza de Attila. Los niños disfrutaban en la piscina con sus nuevos amigos, sobre todo la pequeña. Su esposa hablaba amistosamente con la señora Hilgonth y su suegro parecía disfrutar a lo grande con el juez mientras él tomaba su segunda Coca Cola y deseaba con toda su alma beber una cerveza helada.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el juez llevándole un nuevo refresco.

Attila le miró fijamente, intentaba escudriñar debajo de aquella fachada de hombre perfecto el monstruo que se agazapaba en alguna parte, pero lo más inquietante del juez Hilgonth era su normalidad. Tenía el pelo entrecano y rubio, demasiado largo para un juez, los ojos azules color cielo, una sonrisa agradable y una barba corta, que únicamente les queda bien a los hombres extremadamente atractivos. Ya no llevaba el traje elegante de la iglesia, se había cambiado la ropa y parecía relajado y contento.

—Sí, muy bien. Es domingo, mi día favorito —dijo irónicamente.

—Le entiendo. La casa de su suegro, un pastor bautista serio y duro, un trabajo digamos por debajo de sus posibilidades y sintiéndose juzgado por todo el mundo a cada momento. Sé de lo que hablo, me dedico a juzgar a las personas. En Nuevo México las cosas no son muy distintas, la gente se fija en las apariencias y no quiere dar oportunidades a los que piensan que no las merecen.